

"Tal como va el mundo el derecho no existe más que entre iguales en poder"

El título que antecede es el que Literalmente contiene La traducción castellana del ensayo de J. P. Mayer sobre "La idea griega del Estado y La estructura del racionalismo occidental"¹ y aunque no corresponde Literalmente al texto de Historia de la guerra del Peloponeso de Tucídides, sí es afortunada síntesis del correspondiente segmento en el famoso diálogo entre Los agresivos conquistadores atenienses y Los pacíficos e inermes moradores de La isla de Milos, colonia de Esparta, cuando La guerra relatada por el historiador griego.

Ediciones contemporáneas de esta obra en diversos idiomas² tampoco son coincidentes en La transcripción del "terrible diálogo"³, pero sí esencialmente uniformes. Lo que Tucídides transcribió o por su personal cuenta ideó⁴ es La que podría denominarse Ley universal del poder, el "derecho natural de los fuertes". De todas Las formas y manifestaciones del poder. De Lo que Gerhard Ritter denominó «La demonía del poder»⁵: el abominable monstruo de La voluntad autoritaria que a Las relaciones humanas —y acaso también ínsita en Las otras especies del mundo animal— Las reduce al execrable binomio del despotismo: el Señor y el esclavo o siervo, el que manda y el que obedece o es sometido.

Oportuno es que textos como el de Tucídides se difundan aún más y para este propósito se transcribe en su integridad el que trae La traducción, con notas suyas, de Juan José Torres⁶.

CARLOS RESTREPO PIEDRAHITA

LA FUERZA Y EL DERECHO. EL DIÁLOGO DE LOS MELIOS Y ATENIENSES EN TUCÍDIDES:

En el verano siguiente⁷ Alcibíades se hizo a la vela hacia Argos con veinte naves y capturó a los argivos que todavía parecían sospechosos y partidarios de los lacedemonios; fueron trescientos hombres, y los atenienses los deportaron a las islas vecinas sobre las que ejercían su dominio⁸. Por otra parte, los atenienses hicieron una expedición contra la isla de Melos⁹ con treinta naves suyas, seis de Quíos y dos de Lesbos, y con unas fuerzas propias de mil doscientos hoplitas, trescientos arqueros y veinte arqueros a caballo, amén de unos mil quinientos hoplitas de los aliados e isleños. Los melios son colonos de los lacedemonios⁹? y no querían someterse a los atenienses como

los otros isleños, sino que primero permanecían tranquilos en una posición de neutralidad, pero después, al forzarles los atenienses devastando sus tierras, entraron abiertamente en guerra. Acamparon, pues, en su territorio con las fuerzas mencionadas los estrategos Cleomedes, hijo de Licomedes, y Tisias, hijo de Tisímaco, y, antes de causar algún daño a sus tierras, les enviaron primero embajadores para entablar negociaciones. Pero a estos enviados los melios no los condujeron a presencia del pueblo, sino que les invitaron a exponer el motivo de su venida ante las autoridades y los notables. Y entonces los embajadores atenienses dijeron en esencia lo siguiente¹¹:

EL DIÁLOGO DE MELOS

«En vista de que nuestros discursos no tienen lugar ante el pueblo, sin duda para que la masa no sea engañada al oír de nuestros labios palabras seductoras e incontestables dichas de una vez en una argumentación seguida¹² (nos damos cuenta, en efecto, de que éste es el objetivo de nuestra introducción ante este auditorio de notables), vosotros, los que aquí tenéis asiento, procuraos una mayor seguridad todavía: exponed vuestras razones punto por punto y no recurráis tampoco vosotros al discurso único, sino replicad de inmediato a los argumentos que no os parezcan adecuados. Y en primer lugar decidnos si estáis de acuerdo con el procedimiento que os proponemos».

La comisión de los melios respondió: «La oportunidad¹³ de explicarnos mutuamente nuestros puntos de vista no merece reproche; pero la realidad de la guerra -algo que ya está aquí y que no pertenece al futuro- parece estar en des-

acuerdo con esta propuesta. Vemos, en efecto, que vosotros habéis venido como jueces de lo que aquí se diga y que a nosotros el fin del debate nos traerá con toda probabilidad el siguiente resultado: si logramos imponernos en el campo del derecho y por ello no cedemos, la guerra, y si nos dejamos convencer, la esclavitud».

Atenienses: «Bueno, si habéis venido a este coloquio para formular suposiciones sobre el futuro o para cualquier otra cosa que no sea deliberar acerca de la salvación de vuestra ciudad, partiendo de la situación presente y de la realidad que está ante vuestros ojos, ya podemos levantar la sesión; pero si vuestro objetivo es este último, podemos seguir hablando».

Melios: «Es natural y merece disculpa el hecho de que personas en una situación como la nuestra encaminen sus palabras y conjeturas en más de una dirección. Sin embargo, es indudable que está aquí este encuentro y que ha de versar sobre nuestra salvación¹⁴: que el debate vaya, pues, si os parece, por el camino que proponéis».

Atenienses: «En ese caso, pues, no recurriremos, por lo que a nosotros atañe, a una extensa y poco convincente retahíla de argumentos¹⁵, afirmando, con hermosas palabras, que ejercemos el imperio justamente porque derrotamos al Medo o que ahora hemos emprendido esta expedición contra vosotros como víctimas de vuestros agravios; pero tampoco esperamos de vosotros que creáis que vais a convencernos diciendo que, a pesar de ser colonos de los lacedemonios, no os habéis alineado a su lado¹⁶, o que no os habéis hecho ningún agravio; se trata más bien de alcanzar lo posible de acuerdo con lo que unos y otros verdaderamente

sentimos, porque vosotros habéis aprendido, igual que lo sabemos nosotros, que en las cuestiones humanas¹⁷, las razones de derecho intervienen cuando se parte de una igualdad de fuerzas, mientras que, en caso contrario, los más fuertes determinan lo posible y los débiles lo aceptan».

Melios: «Según nuestra manera de ver las cosas al menos, lo útil (es necesario, en efecto, moverse en esos términos, puesto que vosotros habéis establecido que se hable de lo conveniente dejando aparte de este modo las razones de derecho), lo útil, decimos, exige que nosotros no acabemos con lo que es un bien común, sino que aquel que en cualquier ocasión se encuentre en peligro pueda contar con la asistencia de unos razonables derechos y obtenga provecho de ellos si con sus argumentos logra un cierto convencimiento de su auditorio, aunque sea dentro de unos límites estrictos. Y esto no es menos ventajoso para vosotros, tanto más cuanto que en vuestra caída constituiríais un ejemplo para los demás por la magnitud de las represalias».

Atenienses: «Nosotros no nos angustiamos por el final de nuestro imperio, en el supuesto de que vaya a tener fin. Porque no son los que ejercen el imperio sobre otros, como es el caso de los lacedemonios, quienes son temibles para los vencidos (y además ahora no estamos en lucha con los lacedemonios), sino los súbditos si un día llegan a atacar y a vencer a sus dominadores¹⁸. Pero, respecto a eso, que se nos deje correr el riesgo. Ahora lo que queremos demostraros es que estamos aquí para provecho de nuestro imperio y que os haremos unas propuestas con vistas a la salvación de vuestra ciudad, porque queremos dominaros sin problemas y conseguir que vuestra

salvación sea de utilidad para ambas partes».

Melios: «¿Y cómo puede resultar útil para nosotros convertirnos en esclavos, del mismo modo que para vosotros lo es ejercer el dominio?».

Atenienses: «Porque vosotros, en vez de sufrir los males más terribles, seríais súbditos nuestros y nosotros, al no destruirnos, saldríamos ganando¹⁹».

Melios: «¿De modo que no aceptaríais que, permaneciendo neutrales, fuéramos amigos en lugar de enemigos, sin ser aliados de ninguno de los dos bandos?».

Atenienses: «No, porque vuestra enemistad no nos perjudica tanto como vuestra amistad, que para los pueblos que están bajo nuestro dominio sería una prueba manifiesta de debilidad, mientras que vuestro odio se interpretaría como una prueba de nuestra fuerza».

Melios: «¿Tal es la idea que vuestros súbditos se forman de lo razonable²⁰, que ponen en un mismo plano a los pueblos que no tienen ningún lazo con vosotros y a todos aquellos que en su mayoría son colonos vuestros y de los que algunos han sido reducidos tras una sublevación²¹?».

Atenienses: «Es que piensan que ni a los unos ni a los otros les faltan razones de derecho; pero que unos se mantienen libres gracias a su fuerza y que nosotros no vamos contra ellos por miedo. Así que, amén de acrecentar nuestro imperio, por el hecho de ser conquistados nos proporcionaríais seguridad, especialmente en vista de que vosotros, siendo isleños, y más débiles que otros, no habríais logrado manteneros libres frente a los señores del mar».

Melios: «¿Y no apreciáis seguridad en aquello que os propusimos? Porque llegados a este punto, del mismo modo que vosotros nos habéis hecho renunciar a

los argumentos de derecho y tratáis de persuadirnos a que nos sometamos a vuestra conveniencia, es preciso también que a nuestra vez os hagamos ver lo que es útil para nosotros a fin de intentar persuadirnos si se da el caso de que nuestra conveniencia coincide con la vuestra. Vamos a ver, todos aquellos pueblos que actualmente no son aliados de ninguno de los dos bandos, ¿cómo no los convertiréis en enemigos cuando dirijan su mirada a lo que está pasando aquí y se pongan a pensar que un día también marcharéis contra ellos? ¿Y con ese comportamiento, qué otra cosa haréis sino reforzar a vuestros enemigos actuales e incitar a convertirse en enemigos bien a su pesar a los que ni siquiera tenían intención de serlo?».

Atenienses: «No lo vemos así, puesto que no consideramos más peligrosos para nosotros a todos esos pueblos de cualquier parte del continente que, por la libertad de que gozan", se tomarán mucho tiempo antes de ponerse en guardia contra nosotros, sino a los isleños que en cualquier parte no se someten a nuestro imperio, como es vuestro caso, y a los que ahora mismo ya están exasperados por el peso ineludible de este imperio. Ésos son, en efecto, los que, dejándose arrastrar por la irracionalidad, podrían ponerse a sí mismos, y a nosotros con ellos, en un peligro manifiesto».

Melios: «Pues, si vosotros corréis un tan gran peligro para no ser desposeídos de vuestro imperio, y también lo afrontan aquellos que ya son esclavos a fin de liberarse, para nosotros que todavía somos libres sería ciertamente una gran vileza y cobardía no recurrir a cualquier medio antes que soportar la esclavitud».

Atenienses: «No, si deliberáis con prudencia; pues no es éste para vosotros un certamen de hombría en igualdad de con-

diciones²³, para evitar el deshonor; se trata más bien de una deliberación respecto a vuestra salvación, a fin de que no os resistáis a quienes son mucho más fuertes que vosotros».

Melios: «Pero nosotros sabemos que de las vicisitudes de las guerras a veces resultan suertes más equilibradas de lo que la diferencia entre las fuerzas de las dos partes permitiría esperar. Y para nosotros, ceder significa la desesperanza inmediata, mientras que con la acción todavía subsiste la esperanza de mantenerse en pie».

Atenienses: «La esperanza, que es un estímulo en el peligro, a quienes recurren a ella desde una situación de superabundancia, aunque llegue a dañarles, no les arruina; pero a aquellos que con ella arriesgan toda su fortuna en una sola jugada (la esperanza es pródiga por naturaleza) les muestra su verdadera cara en compañía de la ruina, cuando ya no deja ninguna posibilidad de guardarse de ella una vez que se la ha conocido²⁴. Vosotros, que sois débiles y os jugáis vuestro destino a una sola carta, no queráis pasar por esta experiencia; no queráis asemejaros al gran número de aquellos que, teniendo todavía la posibilidad de salvarse dentro de los límites de su naturaleza humana²⁵ cuando, en una situación crítica, les abandonan las esperanzas claras, buscan apoyo en ilusiones oscuras, tales como la adivinación, los oráculos y todas aquellas prácticas que, junto con las esperanzas, acarrear la desgracia».

Melios: «También nosotros —sabedlo bien— consideramos difícil luchar contra vuestro poderío y contra la fortuna, si ésta no ha de repartirse por igual. No obstante, en lo tocante a la fortuna, confiamos en que no seremos peor tratados por la divinidad, pues somos hombres

piadosos que nos enfrentamos a un enemigo injusto²⁶ y, en lo que concierne a la inferioridad de nuestras fuerzas, contamos con que estará a nuestro lado la alianza de los lacedemonios, que se verá obligada a acudir en nuestra ayuda, si no por otra razón, a causa de la afinidad de raza y por el sentimiento del honor. En modo alguno es, pues, nuestra confianza tan irracional como afirmáis».

Atenienses: «Bueno. En cuanto a la benevolencia por parte de la divinidad, tampoco nosotros creemos estar en desventaja. Porque ninguna de nuestras pretensiones o acciones se aparta del pensamiento de los hombres con respecto a la divinidad ni de su voluntad respecto a las relaciones mutuas. *Pensamos, en efecto, como mera opinión en lo tocante al mundo de los dioses y con certeza en el de los hombres, que siempre se tiene el mando, por una imperiosa ley de la naturaleza" cuando se es más fuerte. Y no somos nosotros quienes hemos instituido esta ley nifuímos los primeros en aplicarla una vez establecida, sino que la recibimos cuando ya existía y la dejaremos en vigor para siempre habiéndonos limitado a aplicarla, convencidos de que tanto vosotros como cualquier otro pueblo haríais lo mismo de encontraros en la misma situación de poder que nosotros.* Así que, por lo que respecta a la divinidad, es razonable que no tengamos miedo de recibir un peor trato. Y en cuanto a vuestra opinión sobre los lacedemonios, por la que confiáis que van a acudir en vuestra ayuda debido a su sentido del honor, celebramos vuestro candor, pero no envidiamos vuestra inconsciencia. Porque los lacedemonios, en sus relaciones entre ellos y en lo que concierne a las instituciones de su país, practican la virtud en grado sumo; respecto a su comporta-

miento con los demás, en cambio, cabría decir muchas cosas, pero, para resumir brevemente, podríamos manifestar que de los pueblos que conocemos son los que, de la forma más clara, consideran honroso lo que les da placer y justo lo que les conviene²⁸. Y la verdad es que esta actitud no está de acuerdo con esa salvación irracional en la que ahora confiáis».

Melios: «Pero precisamente por esa misma razón nosotros abrigamos la mayor confianza de que, en su propia conveniencia, no querrán traicionar a los melios, que somos colonos suyos, para suscitar la desconfianza de los griegos que son amigos suyos y prestar así un servicio a sus enemigos».

Atenienses: «¿Y no creéis que la conveniencia es compañera de la seguridad y que lo justo y lo honroso comportan peligros, en los que los lacedemonios, por lo general muestran escasísima audacia?».

Melios: «Pensamos, sin embargo, que por nuestra causa arrostrarán incluso esos peligros, y que los verán con mayor seguridad que si los corrieran por otros, por cuanto, para el caso de una intervención militar, nosotros estamos situados cerca del Peloponeso, y, en lo que concierne a nuestros sentimientos, por nuestra afinidad de raza somos más dignos de confianza que otros».

Atenienses: «Pero la garantía de seguridad para quienes han de combatir en auxilio de otros no reside en los sentimientos de amistad de quienes solicitan la ayuda, sino en si el aliado se destaca en gran manera por la potencia de sus efectivos. Y esto es algo que los lacedemonios todavía miran más que otros (al menos marchan contra sus vecinos con un gran número de aliados por des-

confianza respecto a sus propias fuerzas), de suerte que no es razonable que pasen a una isla siendo nosotros los amos del mar».

Melios: «Pero podrían enviar a otros²⁹. El mar de Creta es vasto y en sus aguas es más dificultosa una captura por parte de quienes lo dominan que la salvación para el que quiere burlar la vigilancia. Y si fracasaran en esto, podrían volverse contra vuestro territorio y contra vuestros restantes aliados, los que no fueron atacados por Brásidas³⁰», y entonces vuestros esfuerzos ya no serán por un país que no tiene ningún lazo con vosotros, sino por algo que os toca más de cerca, por las tierras de vuestros aliados y por vuestro propio territorio».

Atenienses: «Cualquiera de estas posibilidades no sería una experiencia nueva, y vosotros tampoco ignoráis que los atenienses nunca han levantado un solo asedio por temor a otros enemigos³¹. Pero estamos observando que, a pesar de haber afirmado que íbais a deliberar sobre vuestra salvación, en todo este largo debate no habéis dado ni una sola razón con la que los hombres puedan contar para creer que van a salvarse; por el contrario, vuestros más fuertes apoyos están en las esperanzas y en el futuro, y los recursos a vuestra disposición son muy escasos para que podáis sobrevivir frente a las fuerzas que ya están alineadas contra vosotros. Evidenciaréis, pues, la enorme irracionalidad de vuestra actitud, si, una vez que nos hayáis despedido, no tomáis una decisión que muestre una mayor sensatez que la de ahora. No vayáis a tomar la senda de aquel sentimiento del honor³² que, en situaciones de manifiesto peligro con el honor en juego, las más de las veces lleva a los hombres a la ruina. Porque a muchos que

todavía preveían adónde iban a parar, el llamado sentido del honor, con la fuerza de su nombre seductor, les ha arrastrado consigo, de modo que, vencidos por esa palabra, han ido de hecho a precipitarse por voluntad propia en desgracias irremediables, y se han granjeado además un deshonor que, por ser consecuencia de la insensatez, es más vergonzoso que si fuera efecto de la suerte. De esto vosotros debéis guardaros si tomáis el buen camino. No consideréis indecoroso doblegaros ante la ciudad más poderosa cuando os hace la moderada propuesta de convertirlos en aliados suyos, pagando el tributo pero conservando vuestras tierras; ni dejar de porfiar por tomar el peor partido cuando se os da la oportunidad de elegir entre la guerra y la seguridad. Porque aquellos que no ceden ante los iguales, que se comportan razonablemente con los más fuertes y que se muestran moderados con los más débiles son los que tienen mayores posibilidades de éxito. Reflexionad, pues, cuando nos hayamos retirado, y no dejéis de tener presente que estáis decidiendo sobre vuestra patria, y que de esta única decisión sobre esta única patria que tenéis, según sea acertada o no, dependerá que sea posible mantenerla en pie»³³.

Entonces los atenienses se retiraron del debate; y los melios, tras estar deliberando entre ellos, como su decisión estaba en consonancia con su postura anterior y en desacuerdo con los atenienses, respondieron lo siguiente: «Atenienses, ni nuestras opiniones son distintas a las que sosteníamos al principio, ni en un instante vamos a privar de su libertad a una ciudad que está habitada desde hace setecientos años³⁴, sino que, confiando en la fortuna otorgada por la divinidad que hasta ahora la ha mantenido a salvo

y en la ayuda de los hombres, y en particular de los lacedemonios, intentaremos salvarla. Nuestra propuesta es ser amigos vuestros, sin enemistarnos con ninguno de los dos bloques, y que vosotros os retiréis de nuestra tierra después de concluir un tratado que resulte satisfactorio para ambas partes».

Esto es cuanto respondieron los melios; y los atenienses, dando ya por terminadas las negociaciones, hicieron la siguiente declaración: «Verdaderamente, a juzgar por estas decisiones, sois, a nuestro parecer, los únicos que tenéis por más cierto el futuro que lo que estáis viendo y que, con los ojos del deseo, contempláis como si ya estuviera ocurriendo lo que todavía no se ve. En fin, cuanto mayor sea la confianza con que os abandonéis a los lacedemonios, a la fortuna y a las esperanzas, tanto mayor será vuestra caída».

Los embajadores de los atenienses se retiraron entonces adonde estaba el ejército, y sus estrategos, en vista de que los melios no se sometían, se dispusieron de inmediato a iniciar las hostilidades y, repartiéndose el trabajo entre los contingentes de las distintas ciudades, construyeron un muro de asedio en torno a los melios. Después, los atenienses dejaron una guarnición de tropas propias y aliadas para que montara guardia por tierra y por mar y se retiraron con el grueso de su ejército. Y los que se quedaron allí siguieron asediando la plaza.

[..]

En el invierno siguiente [...] los melios tomaron de nuevo, por otro punto, una parte del muro de asedio ateniense, donde no había mucha guardia. Pero después, cuando, a causa de estos hechos, llegó de Atenas un nuevo cuerpo expedicionario al mando de Filócrates, hijo de Demeas, los melios ya se vieron asediados con todo

rigor³⁵; entonces, al aparecer por añadidura la traición entre ellos, se rindieron a los atenienses, entregándose a su discreción. Los atenienses mataron a todos los melios adultos que apresaron³⁶ y redujeron a la esclavitud a niños y mujeres. Y ellos mismos, con el posterior envío de quinientos colonos, poblaron el lugar³⁷.

1. J. P. MAYER. *Trayectoria del pensamiento político*, 1ª ed. en español. México: Fondo de Cultura Económica, 1941, p. 33.

2. a) "Of the gods we believe, and of men we know, that by a necessary law of their nature they rule wherever they can. And it is not as if we were the first to make this law, orto act upon it; we found it existing before, and shall leave it to exist forever after us; ali we do is to make use of it, knowing that you and everybody else, having the same power as we have would do the same as we do". En: WJLL DuRANT. *The story of civilization*, T. 11, *The life of Greece*. Norwalk, Connecticut: Easton Press, 1992, p. 444.

b) "Our opinion of the gods and our knowledge of men lead us to conclude that it is a general and necessary law of nature to rule whatever one can. This is not a law that we made ourselves, nor were we the first to act upon it was made. We found it already in existence, and we shall leave it to exist for ever among those who come after us. We are merely acting in accordance with it, and we know that you or anybody else with the same power as ours would be acting in precisely the same way". En: REX WARNER, Ed. *History of the Peloponnesian war*. Harmondsworth: Penguin Books, 1972, p. 404.

c) "Den wir nehmen vom gottlichen Wesen als wahrscheinlich, vom menschlichen als sicher an, dass überall mit Naturnotwendigkeit der Starke über den Schwachen herrscht. Wir haben dies Gesetz weder erlassen noch von dem erlassenen zuerst Gebrauch gemacht, sondern wir haben es als geltend überkommen und werden es auch als gültig auf immer hinterlassen, und so richten wir uns auch danach und wissen genau, ihr würdet es wie jeder andere bei gleicher Macht genau so wie wir machen". THUCYDIDES, *Der grosse Krieg*. Stuttgart: Alfred Kroner, 1954, p. 89.

d) "Wir sind nämlich der Ansicht, dass das Gottliche, ganz gewiss aber dass alles Menschenwesen allezeit

nach dem Zwang [...] seiner Natur, so weit es macht hat, herrscht. Wir haben diesen Nomos weder gegeben, noch einen bereits gegebenen als erste befolgt; als gültig ist er uns überkommen, und zu ewiger Geltung werden wir ihn hinterlassen, und wenn wir uns daran halten, so wissen wir, dass auch ihr und jeder, der zur selben Macht wie wir gelangt, ebenso handeln würde", *Cit.* por JOSEPH H. KAISER, "Europaisches Grossraumdenken". En: AA.VV. *Festgabe für Karl Schmitt*, tomo n, p. 533.

e) "Porque en cuanto toca a los dioses, tenemos y creemos todo aquello que los otros hombres tienen y creen comúnmente de ellos y en cuanto toca a los hombres, bien sabemos que naturalmente por necesidad, el que vence a otro le ha de mandar y ser su señor, y esta ley no la hicimos nosotros, ni fuimos los primeros que usaron de ella, antes la tomamos al ver que los otros la tenían y usaban, y así dejaremos perpetuamente a nuestros herederos y descendientes. Seguros estamos de que si vosotros, y los otros todos, tuvieseis el mismo poder y facultad que nosotros, haríais lo mismo". En: DIEGO GRACIÁN, Ed. *TucTomss. Historia de la guerra del Peloponeso*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1944, tomo n, p. 99.

f) "En efecto, creemos que los dioses y los hombres [...] imperan siempre en virtud de una ley natural sobre aquéllos a los que superan en poder. Nosotros no hemos establecido esta ley, ni la hemos aplicado los primeros; ya existía cuando la recibimos, y habremos de dejarla como legado a la posteridad. Y sabemos que también vosotros, y cualquiera otro, de llegar a estar en la misma situación de poder que nosotros, haríais lo mismo". En: TUCÍDIDES. *Historia de la guerra del Peloponeso*. Libro v, 105, Trad. ANTONIO GUZMÁN GUERRA. Madrid: Alianza Editorial, 1989, pp. 450-451.

3. "Furchtbare Gespräch" ("terrible diálogo") lo conceptuó Nietzsche. *Menschliches allmenschliches*, editado por KARL SCHLECHTA. Tomo I, p. 501.

4. Esto es lo más probable, y al respecto opina DURANT que tal afirmación y otra «may be exercises of Thucydides philosophical imagination, inflamed by the cynical discourses of certain sophists». *Op. Cit.*, p. 444.

5. GERHARD RITTER. *Die Diimonie der Macht*, München, Leibniz Verlag, 6ª ed., 1948.

6. TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*, libro v, 84-116. Tomamos la traducción y notas de JUAN JOSÉ TORRES ESBARRANCH, de la edición

Gredos, Colección Biblioteca Clásica, Madrid, 1990; pp. 137-156.

7. Verano del año 415 a. C.

8. Era costumbre de utilizar las islas para custodiar a prisioneros o rehenes.

9. La isla de Melos, la actual Milo, está en el extremo sudoeste del archipiélago de las Cícladas a unos 150 km al sureste de Atenas y a unos 120 km de la costa del Peloponeso. Como Santorini es un antiguo volcán cuyo cráter, invadido por el mar, forma una profunda ensenada.

10. *Cfr.* HERÓDOTO, vm 48. Como dorios que eran, los melios se resistían a estar bajo el dominio de Atenas. Eran *ápoikoi* de los lacedemonios como los de Citera (*cfr.* J. DE WEVER, R. VAN COMPERNOLLE, «Les termes de "colonisation" chez Thucydide», *L'Antiquité Classique* 36 (1967), 465).

11. Aquí comienza el famoso diálogo de Melos, la conferencia entre melios y atenienses, que constituye uno de los pasajes más bellos, profundos y dramáticos de la *Historia* de Tucídides y uno de los más clásicos y celebrados de toda la literatura. En este «terrible» (Nietzsche) diálogo, el análisis político de Tucídides va hasta lo más hondo y saca a la luz la trágica oposición entre las razones e intereses del imperialismo y los argumentos y esperanzas de los neutrales, entre atacantes y asediados, entre la fuerza y el derecho a la libertad del débil, entre lo justo y lo conveniente. A partir de la cuestión particular del enfrentamiento entre melios y atenienses, Tucídides pasa al tema universal del imperialismo (*arché*) frente a la libertad (*eleutheria*) o al derecho a la independencia o neutralidad, un tema inagotable para la reflexión política; en estos capítulos, el cronista de la guerra da paso al pensador político que analiza un asunto eterno en la política de los pueblos y en sus relaciones internacionales. No es ésta la primera vez en la obra de Tucídides en que aparece un trágico enfrentamiento en el campo político entre justicia y utilidad, moral y pragmatismo; ya lo hemos encontrado en los discursos antitéticos al modo sofístico, como en el enfrentamiento entre corcireos y corintios (I 36; 42) y en la conocida antilogía de Cleón y Diódoto (m 35-50). Pero ahora nos encontramos con un diálogo, una forma que en la obra tucidídea sólo aparece claramente en el presente pasaje, hecho que por sí solo ya evidencia un carácter excepcional (*cfr.* el precedente, en cierta manera, de n 71-74, las conversaciones entre Arquidamo y los plateas, y IV 97, 2-99, las negociaciones entre beocios y

atenienses). En Melos, las dos partes dialogan con descarnada crudeza y sus planteamientos nos recuerdan los diálogos de la filosofía sobre temas como derecho y naturaleza, fuerza y justicia, tal como se discuten, por ejemplo, en el *Gorgias* o la *República* de Platón. Y junto a la profundidad filosófica, el diálogo está animado por una fuerza trágica extraordinaria; el enfrentamiento de posturas es dramático. Los melios no insisten en demostrar a los atenienses que el derecho y la justicia están de su parte; saben que este lenguaje no sería comprendido y que incluso suscitaría, por su ingenuidad, la burla de sus enemigos; por ello, su esfuerzo se dirige a demostrar que el interés de Atenas está en no atropellar a neutrales y a pueblos todavía libres que podrían alinearse contra ella. Pero ningún razonamiento hace mella en los atenienses; su lenguaje es de un realismo brutal: la enemistad de los melios es menos perjudicial para ellos que una amistad basada en la neutralidad, claro signo de debilidad ante los pueblos de su Imperio y ante todo el mundo griego; la amistad del débil no les importa, mientras que el odio del sometido es una prueba de la fuerza de aquel a quien se odia. Se nos da, pues, una imagen de una Atenas brutal, una Atenas dominada por los imperativos de su política imperialista.

12. El diálogo es una exposición de las conversaciones emprendidas por los atenienses para conseguir la rendición de un pequeño Estado sin tener que recurrir a las armas. Quieren el sometimiento de una ciudad que busca su salvación por otros caminos. Se ha discutido sobre la realidad de las negociaciones que hay detrás de este diálogo y se ve en él la presencia de la mano de Tucídides, que, igual que en los discursos, quintaesencia los planteamientos. Tucídides no expresa tanto las palabras reales de melios y atenienses (no es, desde luego, una copia taquígráfica) como la postura esencial de los dos bandos y lo que debieron de decir en un planteamiento realista de aquella situación, «ciñéndose lo más posible a la idea global de las palabras verdaderamente pronunciadas», la *xymasa gnáme*. Pero no es una creación *ex nihilo* del historiador, hay una realidad histórica en la que está profundamente enraizado: los repetidos esfuerzos del imperialismo conquistador de Atenas frente a la tenaz decisión de los melios de mantenerse neutrales. Y Tucídides pudo muy bien obtener información de alguno de los delegados atenienses en Melos, del mismo modo que, según algunos, también

recibió información del propio Alcibiades. Como quiera que fuera la realidad de las conversaciones reflejadas en este pasaje, lo cierto es que el diálogo de Melos se considera un punto culminante y un momento crucial en la obra de Tucídides. El episodio de Melos está en un sitio clave dentro de la *Historia*, a caballo entre la Paz de Nicias y la expedición a Sicilia, ante cuyo trágico final el diálogo adquirirá un valor de símbolo. Por todo ello ha sido y sigue siendo un texto que ha suscitado el interés de los estudiosos de la Historia griega y de lectores menos especializados. Con frecuencia se ha observado que llama la atención del lector moderno porque sus planteamientos podrían haberse dado, *mutatis mutandis*, en situaciones de la historia reciente, en enfrentamientos entre fuertes y débiles, como podrían ser los casos de Hungría en 1956, de Checoslovaquia en 1968 y tantos otros en los que el poder impone sus razones frente a justicia, religión o libertad.

Y curiosamente este diálogo de los melios aparece como broche de oro al final del libro v, un libro problemático y falto de revisión en el que no hemos encontrado más discurso que la breve arenga de Brásidas en el capítulo 9. Por eso se ha dicho que el diálogo de los melios se destaca del resto del libro v y que mira hacia lo que va a ocurrir en los libros siguientes, la expedición a Sicilia y su desastroso resultado.

13. *Epelkeia*, término que significa "equidad", "generosidad", "moderación", "oportunidad", Aquí es una "buena idea", una oportunidad razonable y generosa, una actitud que no se corresponde con la realidad de la guerra. Sobre este término, *cfr.* J. DE ROMILLY, "Fairness and Kindness in Thucydides", *Phoenix* 28 (1974), 95-100.

14. O "seguridad", seguridad para los campos, las casas y las personas, para su existencia como *pólis* libre; tal vez no se pensaría en el resultado al que se llegó, la destrucción total. La idea de "salvación", de todas formas, es una idea muy presente en todo el diálogo. Se ha observado que todos los casos en que aparece el término *soteria*, "salvación" en el libro v ocurren en el diálogo de Melos, donde se da la mayor frecuencia de la idea y del término *soteria* después del libro vm, en el que la palabra aparece nueve veces, referidas, en una trágica ironía del destino, a la propia salvación de los atenienses. *Cfr.* J. W. ALLISON, *Preparation (Paraskeue) in Thucydides*, Tesis, Universidad de Pittsburgh, 1974, pp. 233 ss.

15. *Lígon mēkos ápiston*, «una larga serie de argumentos poco creíble», «un largo y sospechoso discurso». Parece que se implica que un discurso largo, simplemente por serlo, tenía que resultar menos convincente que uno corto, lo que, sin embargo, no impedía que se hicieran largos discursos, sin que pesara la asociación convencional entre brevedad y sinceridad. Lo que más bien se subraya en este caso es el convencimiento realista de los atenienses de que ni sus argumentos lograrían persuadir a los melios, ni los de éstos les convencerán a ellos. No implica que los atenienses pensarán que sus argumentos no eran dignos de crédito.

16. Falta la determinación. Otros entienden: «por ser colonos de los lacedemonios, no os habéis alineado a nuestro lado». En un caso, literalmente «no habéis participado en sus campañas»; en otro «no habéis participado en nuestras campañas».

17. Es decir, «cuando se habla del hombre», en las relaciones regidas por las leyes humanas, sin referencia a las leyes divinas. O «en los razonamientos humanos». Otra vez la «naturaleza humana» como razón o excusa.

18. Así ocurrió en el 404, cuando Esparta no quiso ceder a las exigencias de sus aliados, que pedían que Atenas fuera arrasada y los atenienses reducidos a la esclavitud. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 19, nos dice que «los lacedemonios se negaron a esclavizar una ciudad helena que había hecho gran bien en los mayores peligros ocurridos a la Hélade». Pero debemos ser realistas y decir con MME. DE ROMILLY, *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París, 1952, p. 233: «Les sujets sont guidés par la haine et les empires par l'esprit politique. Les cités maitresses cherchent à soumettre, non à détruire». Respecto a un argumento parecido al de este pasaje, ver el discurso de Nicias en el libro VI 11, 23.

19. Semejante es la justificación con la que Hobbes y los tratadistas de derecho natural de los siglos XVII y XVIII tratan de legitimar la esclavitud. Según ellos, la esclavitud estaba basada en un pacto de sumisión concluido en interés de las dos partes. «En este convenio, el bien que recibe el vencido o el más débil es la vida, que, por el derecho de guerra y en el estado natural de los hombres, podía serle quitada; y la ventaja que promete al vencedores su servicio o su obediencia» (HOBBES, *De Cive* VIII 1).

20. *To eikós*, «lo razonable». Se dan otras interpretaciones, como la de «apariencia»: «Tanto atienden vuestros súbditos a la apariencia que...»

21. Los aliados de Atenas eran predominantemente jonios y, por tanto, según la tesis comúnmente admitida en época de Tucídides, descendientes de los atenienses (*ap' Athénaion*). Cfr. así mismo TucídIDES, *Historia*, I 12, 4 y VI 76, 3; HERÓDOTO, I 147, 2. Pero en el área egea también se encontraban bajo la hegemonía ateniense pueblos no jonios, como era el caso de los dorios de Rodas y los eolios de Lesbos. En esta isla, Mitilene había sido sometida tras una sublevación.

22. Llama la atención esta expresión, que, si no hay corrupción en el texto, implica que los pueblos libres continentales se sienten más seguros y tardan más en tomar medidas contra Atenas que los pueblos libres insulares. La libertad parece ser la razón de la lentitud. Tucídides no lo explica, pero podemos pensar que hay una elipsis y que se trata de «una libertad de temor» o «una libertad más segura», dado que la verdadera fuerza de los atenienses estaba en el mar (eran «los señores del mar»: v 97) y los pueblos insulares se considerarían necesariamente dependientes de Atenas, sin posible libertad. Los pueblos libres continentales, en cambio, estarían en mejor situación para defender aquella libertad, y esta misma libertad, tal vez por no querer arriesgarla o por estar unida a una mayor seguridad, les haría más prudentes y menos peligrosos para Atenas. Respecto a la diferente situación de los pueblos continentales y los insulares frente a las fuerzas de Atenas, es interesante el texto de PSEUDO JENOFONTE, *La República de los atenienses* 2, I ss.

23. Las cuestiones de honor, como las de justicia (cfr. *supra*, v 89) deben plantearse entre iguales.

24. Sobre la esperanza y sus riesgos, cfr. TucídIDES II 62; m 45; rv 65, 4; 108, 4. Frente a los melios, que se aferran a la esperanza, los atenienses oponen un brutal realismo que se apoya en la doctrina de la ley del más fuerte. Sobre la *elpis*, la esperanza, en la obra de Tucídides, cfr. F. M. CORNFORD, *Thucydides mythistoricus*, Londres, 1907, pp. 182 ss.; R. A. GERVAZI, *The Concept of «Elpis» in Thucydides*, Tesis, Ohio State University, 1981, y la bibliografía allí citada.

25. *Anthropeios*, «de forma humana», es decir, actuando como un hombre, aceptando los límites a los que está sujeta la condición humana. O «por medios humanos». Cfr. M. VILCHEZ DÍAZ, "Naturaleza humana. Teoría y praxis en Tucídides", *Athlon. Satvra grammatica in honorem Francisci R. Adrados*, vol. II, Madrid, Gredos, 1987, pp. 873-882.

26. Sobre la piedad (*hósion*) y la justicia (*dikaion*). cfr. PLATÓN, *Eutifrón* I 1e-12e.

27. Según las creencias tradicionales de los griegos, los dioses no eran «sobrenaturales», sino simplemente «sobrehumanos», y una misma madre, la Tierra, había engendrado a la raza de los dioses y a la de los hombres (cfr. PíNDARO, *Nemeas* v, I ss.); parecía lógico, pues, que los dioses estuvieran sujetos a las leyes universales de la naturaleza igual que los hombres. Con todo, era materia opinable si los dioses estaban sometidos a principios como la ley del más fuerte invocada aquí por los atenienses o si estaban con la ley de la justicia (*Diké*) en la que los melios quieren apoyarse. Los atenienses sostienen unas nociones de justicia y divinidad en apoyo de su postura, mientras que los melios se apoyan en una visión tradicional (cfr. HESÍODO, *Trabajos y días*, 232-234) de unos dioses guardianes de la justicia. Cfr. A. W. SAXONHOUSE, «Nature and Convention in Thucydides' History». *Polity* 10 (1978), 461-487. esp. 478 ss.

28. Es decir, identifican lo honroso o bello con lo placentero, y la justicia con el interés. Respecto a la hipocresía espartana, cfr. TucídIDES III 68, 4, donde emite un juicio sobre la actitud de Esparta en el asunto de Platea, y los acuerdos con Persia en el libro VIII.

29. Alude principalmente a los corintios.

30. En el área de Tracia había, en efecto, muchas ciudades, como Abdera y Maronea, que no habían recibido la «visita» de Brásidas. Curiosamente, Brásidas es el único personaje histórico nombrado en este diálogo.

31. Especialmente referido a las invasiones del Ática, que no apartaban a los atenienses de otros frentes. Piénsese en casos como los de Egina (cfr. TucídIDES, I 105, 3), Potidea y Mitilene (cfr. m 16, 1). Más adelante, ni siquiera la ocupación de Decelia les hará abandonar el sitio de Siracusa (cfr. VII 28, 3).

32. Se inicia aquí un notable ejercicio sofístico que juega con el concepto del honor y el deshonor (*en toís aiskhróis... aiskhynén... to aiskhrón... aiskhynén aiskhiá*). *Aiskhyne* significa tanto *honor*, *sentido del honor*, *pundonor*, *heroísmo* como *deshonor*, *deshonra*, *vergüenza*, con valoración positiva o negativa.

33. Aceptando la corrección y el texto propuesto por J. DE ROMILLY, *Thucydide. La Guerre du Péloponnise*, libros IV y v, París, 2ª ed., 1973, pp. 172 y 194. El pasaje, considerado un *locus desperatus* y respecto al que se han intentado diversas conjeturas, presenta algunos problemas sintácticos. También se puede entender: «que estáis decidiendo sobre vuestra patria, la única que tenéis, y que de vuestra única decisión dependerá su prosperidad o su ruina»

34. Tomando esta afirmación de setecientos años en números redondos al pie de la letra, nos remontamos para la fundación de Melos al año 1116 a. C., lo que es una fecha muy alta. En IsóCRATES^{vi} 12, Arquidamo III también se refiere, en el 360 a. C., a setecientos años de gloria espartana. Respecto a la ocupación de Melos, cfr. CoNÓN, en F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, Berlín-Leiden, 1923-1958, 26 F I (XXXVI).

35. Cfr. ARISTÓFANES, *Aves* 186: «mataréis a los dioses de hambre melia». El hecho de que los sufrimientos de Melos fueran material cómico en la primavera del 414 no parece indicar remordimiento por parte de Atenas, al menos según la visión del comediógrafo.

36. La crueldad de los atenienses con los melios tuvo una amplia resonancia en el mundo griego. Cfr. IsóCRATES, IV 100-102; XII 62; XV 113; PSEUDO-ANDÓCIDES, IV 22-23; PLUTARCO, *Alcibiades* 16, 5-6, según el cual Alcibiades tendría una gran parte de responsabilidad en los hechos. El episodio que quería ser una lección para los aliados inquietos se convirtió en un símbolo de la lucha antiimperialista, y los mismos atenienses, tras la derrota final, recordaron la suerte de Melos por temor a sufrir algo parecido (cfr. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 3). Notemos, además, que el tratado a los melios fue idéntico al que recibieron los escioneos (TucídIDES, v 32, 1): destrucción de una comunidad, mediante el asesinato de los hombres adultos y la esclavitud de mujeres y niños, y sustitución por colonos atenienses.

37. Estos colonos atenienses fueron expulsados por Lisandro, que, después de Egospótamos, restableció en la isla a los melios que consiguieron librarse de la matanza. Cfr. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 9.